

Cruenta tarea es para sus discípulos dar el postum adies a un maestro. ¡Cuántos recuerdos felices!; cuántas hermosas enseñanzas suyas acuden a nuestra mente! Y en tremendo contraste ¡cuánta pesadumbre sombría, cuánto dolor y luto invade nuestras almas! El espíritu oscila entre la imágen que conocía en él, siempre viva, robusta y jovial, y el anonadamiento de esta hora. Forzoso es conformarse con una realidad que es ley inexorable de nuestro mundo; pero el cariño, la gratitud, la simpatía, todo lo que nos unía a su persona, nos resisten a tal conformidad. Solo mirando dentro de nosotros mismos hallamos quietud para nuestro ánimo, porque allí descubrimos que no todo se acaba, que el pretérito añorado se proyecta en el futuro y que todo lo que en él amábamos permanece vivo e imperecedero.

Quienes fuimos discípulos de don Julio Alarcón tuvamos en él un maestro y un amigo. Jamás se contentó con enseñar su asignatura y ejercitar en ella a sus alumnos; ésto no satisfacía las exigencias de su vocación ni de su concepto del deber. Sentía como pocos la responsabilidad del profesor en la formación de las generaciones nuevas. Quería a los niños, que no eran para él arcilla dócil susceptible de modelar caprichosamente, sino verdaderos hombres, animados con la llama sagrada de un espíritu propio. De aquí que se interesara por descubrir en cada uno su personalidad incógnita, con el fin de cultivarla en el sentido más beneficioso, y, por otra parte, guardara a cada cual un respeto escrupuloso que a sus alumnos nos parecía extraño y a menudo divertido.

Don Julio Alarcón comprendía que la misión fundamental del Liceo, como lo proclamó Bunge, no es sólo instruir, sino más bien educar, formar el carácter de los jóvenes, "perfeccionar la índole de las personas, encarrilar la voluntad en el ejercicio de la virtud, inculcar buenos hábitos, sugerir ideales".- A desempeñar esta tarea consagró su vida como a un sacerdocio; puso en ella todo su empeño y toda su alma. Procuró, sobre todo, enseñar con el ejemplo, que es la más difícil y la más efectiva manera de enseñar.

Funeral de don Julio 1942

Dos rasgos característicos distinguían a don Julio: su dignidad y su modestia.-

Tenía la dignidad de las almas nobles. Así como respetaba con religioso escrúpulo a sus alumnos, a sus amigos y a todos sus prójimos, hasta el extremo de que no hiciera jamás una pregunta que pudiera parecer indiscreta, exigía también que se le respetara a él.- Era sensible en grado extremo a cualquiera falta de delicadeza. El honor era para él sinónimo de la nobleza y no lo concebía como privilegio, sino en su auténtico sentido de exigencia que pesa sobre la vida del hombre que se estima a sí mismo; pensaba con razón que es preciso esmerarse para conservarlo día a día. Su natural condescendencia desaparecía en esta materia; era intransigente y severísimo para rechazar toda incorrección, toda falta, toda debilidad que pudiera importar una mengua a la dignidad del hombre.

Su modestia era extraordinaria y se revelaba en todos los aspectos de su vida y persona. Lo único que la contrapesaba era su orgullo de maestro. Sentía la nobleza de su misión de educador y estaba orgulloso de ella.

Era un maestro de verdad.

Al despedir ahora sus restos, los que fuimos sus alumnos del Liceo de Hombres de San Bernardo y los que tuvimos la honra de gozar de su amistad, queremos expresarle, junto con nuestra congoja y gratitud, que su espíritu sobrevivirá con nosotros y que la esencia de sus enseñanzas no cayó entre piedras, sino que halló en nuestros corazones terreno fértil y adecuado para germinar en robusta vegetación y rendir los hermosos frutos que se merece. Puede, pues, don Julio, descansar tranquilo en la serena plenitud de Dios, seguro de haber cumplido entre nosotros lo que debe haber sido el secreto ideal de su vida.

peñar esta tarea consagrada al deber y al deber; pero en ella todo su empeño y toda su fuerza, entre todo, enseñar con el ejemplo, que es la más alta y la más efectiva manera de enseñar.

*Fuercul de D. Julio Alarcón 1942*

Cruenta tarea es para sus discípulos dar el postum adios a un maestro. ¡Cuántos recuerdos felices!; cuántas hermosas enseñanzas tuyas acuden a nuestra mente! Y en tremendo contraste ¡cuánta pesadumbre sombría, cuánto dolor y luto invade nuestras almas! El espíritu oscila entre la imágen que conocía en él, siempre viva, robusta y jovial, y el anonadamiento de esta hora. Forzoso es conformarse con una realidad que es ley inexorable de nuestro mundo; pero el cariño, la gratitud, la simpatía, todo lo que nos unía a su persona, nos resisten a tal conformidad. Solo mirando dentro de nosotros mismos hallamos quietud para nuestro ánimo, porque allí descubrimos que no todo se acaba, que el pretérito añorado se proyecta en el futuro y que todo lo que en él amábamos permanece vivo e impercedero.

Quiénes fuimos discípulos de don Julio Alarcón tuvámos en él un maestro y un amigo. Jamás se contentó con enseñar su asignatura y ejercitar en ella a sus alumnos; ésto no satisfacía las exigencias de su vocación ni de su concepto del deber. Sentía como pocos la responsabilidad del profesor en la formación de las generaciones nuevas. Quería a los niños, que no eran para él arcilla dócil susceptible de modelar caprichosamente, sino verdaderos hombres, animados con la llama sagrada de un espíritu propio. De aquí que se interesara por descubrir en cada uno su personalidad incógnita, con el fin de cultivarla en el sentido más beneficioso, y, por otra parte, guardara a cada cual un respeto escrupuloso que a sus alumnos nos parecía extraño y a menudo divertido.

Don Julio Alarcón comprendía que la misión fundamental del Liceo, como lo proclamó Punge, no es sólo instruir, sino más bien educar, formar el carácter de los jóvenes, "perfeccionar la índole de las personas, encarrilar la voluntad en el ejercicio de la virtud, inculcar buenos hábitos, sugerir ideales".- A desempeñar esta tarea consagró su vida como a un sacerdocio; puso en ella todo su empeño y toda su alma. Procuró, sobre todo, enseñar con el ejemplo, que es la más difícil y la más efectiva manera de enseñar.

Dos rasgos característicos distinguían a don Julio: su dignidad y su modestia.-

Tenía la dignidad de las almas nobles. Así como respetaba con religioso escrúpulo a sus alumnos, a sus amigos y a todos sus prójimos, hasta el extremo de que no hiciera jamás una pregunta que pudiera parecer indiscreta, exigía también que se lo respetara a él.- Era sensible en grado extremo a cualquiera falta de delicadeza. El honor era para él sinónimo de la nobleza y no lo concebía como privilegio, sino en su auténtico sentido de exigencia que pesa sobre la vida del hombre que se estima a sí mismo; pensaba con razón que es preciso esmerarse para conservarlo día a día. Su natural condescendencia desaparecía en esta materia; era intransigente y severísimo para rechazar toda incorrección, toda falta, toda debilidad que pudiera importar una mengua a la dignidad del hombre.

Su modestia era extraordinaria y se revelaba en todos los aspectos de su vida y persona. Lo único que la contrapesaba era su orgullo de maestro. Sentía la nobleza de su misión de educador y estaba orgulloso de ella.

Era un maestro de Verdad.

Al despedir ahora sus restos, los que fuimos sus alumnos del Liceo de Hombres de San Bernardo y los que tuvimos la honra de gozar de su amistad, queremos expresarle, junto con nuestra congoja y gratitud, que su espíritu sobrevivirá con nosotros y que la cimiento de sus enseñanzas no cayó entre piedras, sino que halló en nuestros corazones terreno fértil y adecuado para germinar en robusta vegetación y rendir los hermosos frutos que se merece. Puede, pues, don Julio, descansar tranquilo en la serena plenitud de Dios, seguro de haber cumplido entre nosotros lo que debe haber sido el secreto ideal de su vida.